

fica de "extraordinario" el caso del celebrado autor de "Cuando era muchacho", al ubicarlo entre los humoristas, género poco cultivado entre nosotros. El humorismo de González Vera es tan leve, tan agudo, que algunas veces no lo palpamos. Es un humorismo que nos conduce sin esfuerzo a la sonrisa, sin llegar jamás al recurso de lo cómico.

"Aprendiz de hombre" es un libro útil para todos: para los maestros, los alumnos, los escritores y toda persona que se interese por conocer la obra completa de este laureado escritor chileno, que une a su valor literario indiscutible, una auténtica modestia que lo caracteriza en el mundo de las letras.

José Santos González Vera es un escritor honrado, franco y veraz. A ratos nos cuenta trozos de su vida íntima, con una sencillez cautivante. No hace ningún misterio de su vida. Se confiesa anarquista y nos dice que durante su juventud desempeñó los más humildes menesteres: pintor de brocha gorda, mozo en una peletería, lustrabotas en el Club de Septiembre, vivió durante algún tiempo en un conventillo de la calle Maruri y terminó siendo funcionario público y valioso escritor sin grandes pretensiones.

En "Aprendiz de hombre" González Vera nos participa parte de sus vivencias, de recuerdos que se hablan en voz alta para evocar un pasado modesto pero de una limpieza imponderable. En suma, es un libro valioso, interesante, que encontrará franca acogida entre el público lector que sabe apreciar los dones del espíritu al servicio de la literatura.

GONZALO DRAGO

<https://doi.org/10.29393/At390-110NAEC10110>

*Las Nubes y los Años*, de FERNANDO GONZÁLEZ URIZAR

Editorial Lirica Hispana, Caracas, 1960

En una parte de su autobiografía, G. H. Chesterton dice: "Ustedes me disculparán que siendo yo escritor, y si se me concede, artista, no provenga de un padre alcohólico y de una madre tuberculosa".

Hemos recordado esta humorada del gran autor inglés a propósito del poeta chileno Fernando González Urizar. No es la suya ciertamente la imagen prevista del poeta. Por el contrario, es un hombre bien vestido, de excelente salud y alto funcionario fiscal. Hay más, a pesar de ser un poeta hecho y derecho, y hasta con voz propia, no practica el hábito, tan arraigado en otros, de hacerse las Relaciones Públicas a sí mismo.

Fernando González Urizar —38 años, de origen chillanejo, abogado—, publicó en 1956 su primer libro, "La Eternidad Esquiva", cuyo lírico contenido mereció reverentes comentarios. Recientemente ha publicado en las diminutas ediciones Lirica Hispana, de Venezuela, su segunda obra, "Las Nubes y los Años", precedido por un prólogo de Pablo Neruda, el padre —y a veces el padrastro— de la poesía chilena de los últimos 30 años. En ese prólogo, el autor de "Crepusculario", dice: "Fernando Gon-

zález Urizar ha vivido y extravivido la poesía más íntima y más ancha, apretando y extendiendo sin fin no el corazón sino el conocimiento”.

Sin embargo, libro adentro, el lector no se siente inmerso en una atmósfera de *intelectualismo* precisamente; al contrario, se siente de cuerpo entero en un ambiente de poesía instintiva y sentimental, con todos los milagros correspondientes. No necesita el autor de los grandes temas para remontar el vuelo. Sus motivos son todos próximos y nada metafísicos. La madre, la vajilla, la arena, el cumpleaños, etc. Con esos elementos de vigencia cotidiana y casi doméstica, Fernando González Urizar compone poemas en los cuales la arquitectura no hace de jaula de la espontaneidad.

En “Las Nubes y los Años”, título que evoca a Hesíodo, dijérase que el estilo es menos ordenación de frases que de vivencias. En el otro extremo, hay poetas que, a fuerza de retórica superpuesta, aparecen tapados de fraseología. En su caso, la enredadera no deja ver la casa. Fernando González Urizar es más personal y, en todos sus poemas, obliga a que las palabras, que rara vez articulan metáforas, estén siempre al servicio suyo, y no al revés.

En algunos de esos poemas —“A Flor de Llamas”, “Uvas de Marzo”, etc.—, Fernando González Urizar expresa con gran don de síntesis el hastío que invade al *hombre de carne y hueso* unamuniano, frente a la monótona tiranía de la vida ciudadana, donde la más de las veces es mera pieza de un gigantesco engranaje sin alma. ¿Cómo no identificarse en esas fugas?

Distanciado de los temas trascendentes, esos tan propicios para transformar la demagogia en poesía —el amor, la muerte, la esperanza—, Fernando González Urizar es capaz de sacarle partido a cualquier tema. Prueba así una vez más que la poesía verdadera es siempre subjetiva, está adentro del poeta, y para echar a volar apenas sí necesita un pretexto del exterior. Y pruebas al canto: véase cómo este autor le arranca tintineos esencialmente poéticos a un objeto tan vulgar como el desarrollado en el poema “Manojo de Llaves”.

“Las llaves, el manojo, ya no suenan. / ¡Era un ramo de ruidos y de chispas! / Lo dejaba olvidado por las piezas / como un grito de anillos y de limas / Conocía su peso de mil formas, / su corazón de trinos y maullidos, / y lo alzaba con pausas de silencio / hasta la chapa de lo prohibido / ¿Dónde quedaron todos sus perfiles, / todos sus lentos timbres encendidos? / Una a una se fueron del manojo: / ¡nunca volverán todas a cubrirme!”

Después de leer tanto libro de versos sin más gusto que el de la tinta y el papel, “Las Nubes y los Años”, reponen en el mercado una poesía con sujeto, en la cual éste es siempre el hombre.